

El Papa



お腹

@mgl.escritura

© Onaka ga peko peko, 2021

© Juan Pizzani Ochoa, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición general: Ma. Gabriela Lovera y José Miguel Navas

Selección editorial / Arcania: José Miguel Navas

Diseño, maquetación e ilustración:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

Onaka ga peko peko
お腹がペコペコ





Onaka ga peko peko

Juan Pizzani Ochoa

Colección Arcania / El Papa

El Papa



@mgl.escritura

ARCANO V

Amanecí de nuevo con resaca. En esa casa todos los días se bebía. Si no era yo, era el dueño con sus amigos y, si no, era el de la otra habitación. Pero esa mañana tenía un compromiso que no quería incumplir por nada. Era una reunión budista en uno de los grupos de Chacao. Así que me levanté, me di una ducha rápida, me vestí y me fui sin desayunar, para evitar llegar tarde. Tomé el metro y llegué a Chacao unos quince minutos antes de la reunión. Me puse a buscar alguna panadería o bodega cercana que estuviera abierta para comerme algo. Aquel día era domingo y, además, feriado. No encontraba nada abierto. Caminé unas cuadras más, alejándome de la avenida Francisco de Miranda y encontré una pequeña panadería llena de gente agolpándose en la entrada, peleándose por la atención de un solo empleado que hacía malabares detrás del mostrador. Empecé a abrirme paso entre los cuerpos atascados, alzando la mano para captar la atención del panadero, pero era inútil. La ansiedad y los quince minutos que se esfumaban en el reloj me

daban más hambre. Sabía que no saldría de la reunión hasta las doce y media de la tarde. Tenía que llegar desayunado.

Calculando las horas que podría estar sin comer si entraba a la reunión con el estómago vacío, comencé a recordar aquel nefasto evento cultural en el que trabajé como traductor simultáneo —*attaché*— para un muchacho de un país balcánico que estaba formando un partido político de izquierda. Él era uno de los invitados del gobierno *bolisicario* para aquel «Encuentro de artistas e intelectuales por la paz». Allí se darían cita líderes de los países del ALBA para alzar sus voces de «esperanza» por el cambio social de Latinoamérica y el mundo. Dos días antes del evento lo había estado ayudando a gastar sus viáticos en los bares y puestos de perrocaldientes de Sabana Grande, donde demostraba cuánto cabía en su panza de ballena orca, fumando un cigarrillo detrás de otro. También lo acompañé a un centro comercial exclusivo para militares a las afueras de la ciudad, pero allí no gastaría ni un centavo. Iban a obsequiarle, entre otras cosas, un par de docenas de camisas con la cara del Número Uno, treinta banderas nacionales, cincuenta gorras con el logo del partido y unos doscientos posters que ponían a Simón Bolívar, a Jesucristo y al Número Uno estrechando manos.

Llegado el día del evento, tuve que acercarme a las ocho de la mañana al Hotel Meliá Caracas para reunirme con el balcánico y esperar que el autobús rojo nos recogiera con el resto de la comitiva. Nos llevarían al

Cuartel de la Montaña. Ese día sí fui bien desayunado, pero a algunos de los invitados no les dio tiempo de comer antes de montarse en el autobús, pues la cocina del hotel abrió casi al momento de partir. Los organizadores fueron estrictos sobre la hora de salida, porque ese día iría el Número Uno al evento y no podía haber ningún tipo de retrasos. A quienes no habían podido desayunar les dijeron que no se preocuparan, pues a las doce del día se serviría el almuerzo en el comedor del cuartel. Llegamos antes de las nueve. Yo nunca había estado allí y pude conocer sus «atracciones» durante la visita guiada que nos hicieron. Lo primero que vimos fue la tumba de Hugo Chávez. Siendo lector de *La diosa blanca* de Robert Graves, me di cuenta de que al «eterno» le habían dado una sepultura digna de los reyes de la antigüedad, rodeada de un espejo de agua, en el centro de una estrella cuyas puntas se estiraban hacia los cuatro puntos cardinales, replicando un mandala conocido por los brujos y hechiceros de ayer y de hoy. Luego nos pasaron a una sala color azul pastel, en donde había vitrinas llenas de reliquias del comandante como sus juguetes de infancia y réplicas de unas conservas de coco llamadas «arañas» que el «galáctico» vendía de casa en casa cuando era niño. Luego de ver alguna cosa más, nos pasaron a un patio central en donde nos dijeron que debíamos esperar a que nos llamaran para el almuerzo, que sería una hora y media más tarde. Pero pasaron dos y tres horas y no servían la comida.

—El Número Uno va a llegar de un momento a otro y no podemos estar comiendo cuando llegue—, decían los de la logística.

—En un rato más serviremos el almuerzo.

Pero se hicieron las cuatro de la tarde y nadie había comido. Lo peor de todo era que ya los delegados internacionales comenzarían a hablar; habría que sentarse en las butacas por varias horas más sin comer. La excusa seguía siendo que en cualquier momento podía llegar el Número Uno. Los invitados del Reino Unido y Canadá estaban junto a sus guías bilingües, conmigo y el balcánico. Éramos el grupo de habla inglesa. Todos estábamos muertos de hambre, sorprendidos por esta «maravilla» de evento socialista del siglo XXI. Los invitados decían que con tantas ganas de comer no podrían prestar atención a nada de lo que se dijera en el encuentro. El balcánico ideó un plan para conseguir comida, diciendo que tenía que salir del cuartel para fumar, porque si no fumaba le daría un ataque de pánico. Luego de rogar mucho a los militares, nos dejaron salir, advirtiéndolo que no nos alejáramos a más de una cuadra de la puerta, porque la zona era peligrosa y podían robarnos. De todas maneras, no encontramos nada por allí y regresamos al cuartel. El balcánico siguió rogando por un cigarro a los militares de guardia y yo traduciendo simultáneamente sus súplicas. Así fue como nos dieron acceso al «casino», una especie de bodega interna del cuartel, atendida por cabos, donde venden chucherías. Cuando llegamos allí compramos

unas gaseosas de malta y unas porciones de torta marmoleada. Al menos nosotros dos, entre más de sesenta invitados internacionales, logramos mitigar el hambre con algo. El balcánico me hizo preguntar si vendían cigarrillos, pero el cabo nos dijo que allí en el «casino» no estaba permitido. Cuando comunicó lo de su posible ataque de pánico por la abstinencia de nicotina, el cabo nos dejó un momento solos para ir a buscar un cigarrillo «de los suyos» y obsequiárselo a él. Tuvo que fumárselo clandestinamente en el baño del lugar.

Cuando regresamos, uno de los invitados del Reino Unido, un famoso comediante de la BBC que venía a conocer el prodigio socialista venezolano con su sombrero de pescador y su chaleco de safari, decía que estaba listo para comerse las butacas, sino le traían el almuerzo. Una conocida presentadora rusa de televisión de los ochenta con cabellera pintada de rojo y notorios implantes mamarios, que en la mañana había dicho desenfadadamente que el Número Uno tenía que fusilar a todos sus opositores, ahora tenía tanta hambre mezclada con rabia que parecía muy capaz de comenzar una *guarimba* ella sola. El balcánico y yo dijimos que sí habíamos encontrado el cigarrillo, pero obviamente ocultamos que habíamos merendado algo. A las cinco de la tarde, finalmente, avisaron que había llegado el Número Uno y corrí a preguntar por los almuerzos a la señorita Giordana, responsable de organizar aquel evento. Pude acercarme a averiguar porque un par de años antes ella y yo nos habíamos hecho buenos

amigos trabajando en el Ministerio de Cultura, cuando estuvo a punto de caer en manos de un gurú de la medicina alternativa quien le dio un ultimátum de que, si no comenzaba las terapias con él de inmediato, pronto quedaría sin poder caminar. Entonces yo consagué un tabaco tal como aprendí en Yaracuy —mucho antes de convertirme en budista— para sacarla de dudas. ¡El tabaco salió precioso! No solo pude ver en las brasas que ella gozaba de buena salud, además supe que llegaría a ocupar un cargo administrativo muy importante, profecía que se cumplió a los pocos meses cuando asumí el cargo como viceministra de cultura. Como teníamos confianza, ella me dijo la verdad: ya no podría servirse la comida y tendrían que botarla.

Volví con los invitados, pero no les dije que no comerían hasta la noche, cuando salieran de allí. Nadie podía marcharse antes de terminar el evento. Por protocolos de seguridad, nadie podía irse antes que el Número Uno. Mandaron a todo el mundo a sentarse en sus asientos numerados porque «en breve» comenzarían a hablar los «artistas e intelectuales». Los tres minutos que faltaban se convirtieron en diez, luego en veinte y en treinta. La tensión comenzó a hacerse cada vez más densa y, en ese momento, comencé a buscarle conversación a los invitados acongojados. Les dije que mantuviéramos la calma. Apelando a su «conciencia de izquierdas», les recordé que muchas personas en el mundo soportan hambre a diario como la que estábamos sintiendo; y antes de seguir diciendo cosas que na-

die quería escuchar, me fui por la tangente tocando el tema de la espiritualidad, un asunto con el que la gente se involucra fácilmente. Aproveché para hablarles sobre el budismo, exponiéndoles los diez estados de vida a través de los cuales fluctuamos los seres vivos, según la enseñanza del *Sutra del loto*. Estas son las condiciones de vida que todos manifestamos alternativamente, pasando desde lo más negativo hasta llegar a la mismísima budeidad (ser un Buda). La peor de estas condiciones es el «estado de infierno», definido como un momento en que somos embargados por un sufrimiento intenso del cual no vemos escapatoria posible; a este le sigue el «estado de hambre», que es un poderoso deseo o aidez por algo que, aun cuando lo adquirimos y poseemos, nunca podemos sentirnos satisfechos; luego viene el «estado de animalidad», que rige nuestras acciones orientadas al beneficio propio cuando no consideramos los efectos negativos que puedan desencadenarse a raíz de ellas, algo parecido a «la ley del más fuerte» o al pensamiento maquiavélico de que «el fin justifica los medios»; el cuarto de los estados más bajos —o malos caminos— es el «estado de ira», que se caracteriza por el afán de imponer nuestra superioridad sobre los demás, mostrando que cada reclamo, cada rencor, cada acción violenta ha tenido en el fondo la sensación de que éramos superiores a los interpelados, que teníamos derecho a estar molestos. También les expliqué que el estado de ira puede canalizarse de forma positiva, cuando clamamos por justicia. Y así,

ganando más tiempo, fui describiendo el resto de los seis estados: humanidad, éxtasis, aprendizaje, asimilación intuitiva, *bodhisattva* y, finalmente, la condición de buda o budeidad.

Minutos antes de que los «artistas e intelectuales» comenzaran a dar sus largos discursos, la invitada canadiense me preguntó quién era la persona que me había dirigido hacia el budismo. Entonces le conté sobre mi madrina Rosa, una bruja *marialioncera*, oriunda de San Felipe. Ella fue una de las primeras visitantes de las montañas de Sorte y Quibayo, quien buscó allí la inspiración divina comulgando con la naturaleza, principalmente a través de la lectura del tabaco, mucho antes de que llegara allí toda la parafernalia popular. Después de tres años de mi vida peregrinando a Sorte —buscando alivio a una relación tóxica por la cual sentía un enorme apego— Rosa terminó diciéndome o, mejor dicho, Don Nicanor Ochoa me dijo a través de ella que ya los espíritus me habían brindado toda la ayuda posible y que, en adelante, debía auxiliarme yo mismo transformando mi corazón. Me dijo que para ello debería buscar la práctica budista. Aun hambrientos, los invitados se sorprendieron de que una bruja o, mejor dicho, un espíritu chamarrero de las cortes de la Reina María Lionza me hubiera exhortado a buscar el budismo.

Entonces los panelistas comenzaron a hablar, planteando cómo «salvarían el mundo», lo cual hizo menos sentido cuando comenzaron a fallar la mayoría de los audífonos que debían usar los invitados para

escuchar la traducción simultánea de los discursos en cada idioma. Entre el sonido de los parlantes, las quejas de quienes alzaban sus audífonos muertos y las de quienes seguían irritados por el hambre, comencé a recordar la historia de las parrillas, que una vez me contó mi madrina Rosa. Ocurrió durante un viaje que ella hizo a la isla de Margarita con su «alien», como ella llamaba al marinovio con quien durante años sostuvo una relación. Ella lo describía como un macho cariñoso y a la vez tosco. Ese fue uno de esos viajes en los que había que salir muy de madrugada. Tenían que atravesar medio país para conseguir uno de los primeros puestos en la cola del ferri que salía a las nueve y media de la noche. La alta demanda se debía al colapso de la mayoría de las embarcaciones que prestaban servicio de transporte. Había que llegar al terminal muchas horas antes. Esa madrugada también ellos habían salido sin más desayuno que un cafecito, llevando prisa, sin detenerse en ninguna parte del camino a comer. Llegaron al terminal de ferris en la ciudad de Puerto La Cruz a las cuatro y media de la tarde con el estómago contra el espinazo. «*Onaka ga peko peko*» es una expresión japonesa que significa exactamente eso: sentir el estómago pegado a la columna vertebral debido al hambre. Me la enseñó la profesora Miyoko en aquellos cursos de la embajada japonesa. Ella nos dijo que había que pronunciarla siempre con un tono extenuado y dramático.

El «alien» de Rosa estacionó la camioneta y se bajó apurado, dirigiéndose a las ventas de carne a la

parrilla que se ubicaban a ambos lados de una cola de carros, que ya era larga cinco horas antes de realizar el embarque. Regresó a la camioneta en menos de cinco minutos con dos platos de parrilla mixta: punta trasera, muslos de pollo, chorizo, morcilla, papas fritas y salsas exprimidas sobre la montaña de comida. Abrir la puerta, sentarse en el puesto del piloto, desembarazarse de la parrilla que era para ella y empezar a engullir su plato con desenfreno casi fue una secuencia no lineal. Como buena bruja, Rosa era muy cuidadosa con su alimentación, además estaba más que acostumbrada a los largos ayunos que a veces impone el chamanismo; sabía de sobra que, luego de doce horas sin comer, las carnes rojas y comidas muy procesadas están contraindicadas. Pero además de saber superar su «estado de hambre», también sobrellevaba muy bien el «estado de ira». Demostrando su gran autocontrol, recibió el plato de parrilla, le dio las gracias al «alien» con una serena sonrisa, después de lo cual se bajó del vehículo, se dirigió a la manada de perros callejeros que mero-deaba alrededor de las ventas de comida, improvisó un asiento entre todos ellos y comenzó a repartirles la carne y las papas fritas. Mientras los agasajaba, iba poniéndole nombres a cada uno. Se fue ganando el cariño de Flasqui, Pelusa, Mami, Nerón y Canela ante la mirada perpleja del «alien», quien ya había terminado su almuerzo con la avidez de cualquiera de los perros de la manada. Cuando hubo terminado de repartir todo el plato de parrilla, volvió tranquila y sonreída a la ca-

mioneta, sentándose de nuevo en el asiento del copiloto. Luego de que el marinovio le preguntara que por qué no se había comido su almuerzo y por qué lo había «desperdiciado» en aquellos perros, ella le respondió que no tenía hambre y que nada más quería un cafe-cito. Con su ejemplo, consiguió que aquel macho de lomo plateado alcanzara por un momento la iluminación, e incluso extraer de él algunas lágrimas. Terminó pidiéndole disculpas por tomar decisiones apresuradas sin consultarle primero a ella.

Cuando terminaron de hablar los «artistas e intelectuales» —casi a las ocho de la noche— los organizadores dijeron a la famélica asamblea que había que esperar a que el Número Uno se retirara de las instalaciones antes de que pudieran irse de allí. Una invitada española más bien regordeta, de esas que defiende a los dictadores de izquierda a capa y espada cuando es confrontada con cualquier noticia sobre los abusos, perversidades y genocidios cometidos por ellos, y quien días antes del evento había mostrado su afición por el buen comer y el «buen vivir», pareció renunciar a sus ideales tras unas cuantas horas de ayuno forzado. Como toda una contrarrevolucionaria se precipitó hacia la puerta de salida, empujando a los funcionarios que le cerraban el paso, amenazando a viva voz con denunciar al régimen por el trato inhumano que había recibido ese día en el Cuartel de la Montaña. Después de su pequeña *guarimba* logró salir a la calle. Pero una vez fuera, sola en ese barrio peligroso, sin un taxi que

viniera a buscarla, comenzó a llorar. Es muy probable que esas lágrimas también se debieran a que, fugazmente, ella alcanzara la iluminación.

Dicen que recordar es vivir. En pocos minutos es mucho lo que se puede rememorar, pero la muchedumbre seguía exigiendo que el empleado solitario de aquella panadería les atendiera de inmediato. Yo di un paso atrás. Me di cuenta de que solo esperaría unos minutos para desayunar a la hora correcta, de que nada más llegaría algo tarde a la reunión budista. Entonces, por un breve instante, alcancé la iluminación. Sin duda alguna la dignidad de aquel empleado y la compasión hacia todas las personas irritadas por el hambre eran más importantes que mi apremio y mi escasa hambre de resacado, entonces di un paso atrás. En ese preciso instante, el empleado de la panadería alzó su mano hacia mí y me miró directo a los ojos, decidido a atenderme antes que a quienes cerraban aquel apretado círculo a su alrededor.

Aquel cachito de jamón me supo a gloria. La revolución la hace uno mismo siempre; un partido político no la hace nunca. Han pasado años desde que migré y probé mi último cachito de jamón. Lo más parecido que he conseguido en Lima son los «minpao de chanchito molido» que venden en algunos *chifas* de la ciudad. Pero ahora estoy determinado a cambiar de hábitos alimenticios, a comer desayunos mucho más sanos y aburridos.



JUAN PIZZANI OCHOA (CARACAS, 1979)

Magíster en Literatura por la Universidad de Cincinnati y PhD en Antropología por la ULA, Mérida. Escribió la novela breve *Visita guiada* (2007) y publicó poemas en la compilación *Voces nuevas, 2004* (CELARG). Su tesis de ascenso se titula «Masculinidades diversidad y homofobia en una familia caraqueña de clase media, década de los 90 a 2015». Es autor de los libros objeto *Enciclopedia ilustrada del arte* (2002) y *Nuevo Abesedario* (2020), así como de varias series de videoarte.

RRSS: @juanpizzaniochoa



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)